

justifica los cargos que se les hicieron. Semejante union no podia agradar á Richelieu, enemigo ya de San Cirano, de quien decia el capuchino José: « Es un fanático que trasforma en » dogmas y oráculos los vapores que de sus » ardientes entrañas le suben á la cabeza. » Richelieu mandó, pues, arrestarle; y del villano registro que de sus papeles mas íntimos se hizo, apareció la portentosa actividad que empleaba en la direccion de las almas. El secreto que recomendaba inspiró sospechas, pero ni la ira de sus enemigos pudo descubrir nada criminal. París se estremeció ante este acto arbitrario, aunque estaba acostumbrado á ellos; personajes de gran importancia interpusieron su influjo, especialmente Roberto Arnault de Andilly, hermano de la madre Angélica, á quien Richelieu contestó: « Si Lutero y Calvino hubiesen sido » presos, Francia y Alemania no hubieran der- » ramado torrentes de sangre por espacio de » medio siglo: » también escribió á un príncipe que le recordaba á San Cirano: *Es mas peligroso que seis ejércitos.* Le tuvo en una fortaleza los cinco años que sobrevivió á este hecho; pero apenas murió, la regenta Ana puso en libertad á San Cirano, que dedicó el resto de su vida, además de la direccion de las almas, á escribir contra Calvino, hasta que murió de repente. Conserváronse como sagradas sus reliquias, y se refirieron algunos milagros hechos en su sepulcro, que era para los solitarios y el pueblo un objeto de veneracion, y para sus adversarios de escándalo.

La mas notable de las adquisiciones de San Cirano fué Antonio Arnauld, hermano de Roberto, literato de gran fama, que se hizo sacerdote y doctor. Al morir su madre, le dijo: *Se debe sostener la verdad aun á costa de mil vidas;* y su director le habia enseñado que: *debemos ir adonde Dios nos lleva, y no debemos hacer nada con descuido.* Estas máximas le impresionaron, de tal modo que luchó hasta los ochenta años con un ímpetu extraordinario.

Hablando de la circunstancia de no haber querido asistir al baile una señora, cuya direccion estaba á cargo de San Cirano, por haber tomado la comunión aquel día, un jesuita con la exageracion que produce el amor propio herido, publicó máximas de fácil devocion. Arnauld escribió para refutarlas el libro *De la frecuente comunión* (1643), en el cual con un método geométrico sienta primero la proposicion contraria, y despues la rebate con razones y autoridades; es la primera obra de teología escrita sin pretensiones, pero llena de deducciones juiciosas, y sin las sutilezas que entónces imperaban. Este libro vino á servir en el sentido práctico de eficaz apoyo á las severas máximas de Jansenio; divulgaba la doctrina renovada de la penitencia y de la piedad rigurosa, la cual se enseñaba secretamente en Port-Royal; y tenia la ventaja de poder ser comprendido por toda clase de personas por el estilo claro y vigoroso con que estaba escrito. Tanto en pro como en

contra se publicaron entónces un diluvio de obras, que produjeron el acostumbrado inconveniente de las disputas, llevando á los contendientes hasta la exageracion.

Era fama que los Jesuitas facilitaban el camino del paraíso tapizándole de terciopelo, condescendiendo con las debilidades de la naturaleza humana, poniendo cojines bajo el codo de los pecadores y ateniéndose al *probabilismo*. Opinión probable, decian, es aquella que sin tener la fuerza ni el carácter de la certidumbre, determina, sin embargo, á creer que una accion es permitida ó vedada; y el sentido comun basta para manifestar que el hombre honrado debe examinar bien antes de decidirse por esta ó aquella de dos opiniones apoyadas por igual número de argumentos. Antonio de Córdoba, franciscano español, escribia en 1571 que « era parecer unánime de los teólogos que se debe adoptar siempre la opinion mas segura, aun cuando la opuesta sea otro tanto probable, y mucho mas cuanto mas probable sea; » pero en 1577 el dominico Bartolomé de Medina fué el primero que dijo que « se podia preferir con seguridad de conciencia la opinion ménos probable á la mas probable, » máxima que fué sostenida en 1584 por el dominico Báñez, confesor de Santa Teresa, y adoptada por tantos otros, que en 1592 el agustino Salonio declaraba « ser de muchos teólogos insignes, principalmente de la escuela de Santo Tomas, la creencia de que entre dos opiniones probables puede preferirse con seguridad de conciencia la ménos probable. » Seis años despues el jesuita Vázquez profesaba públicamente esta doctrina, que fué llamada del *probabilismo*. Fué atribuida á los Jesuitas, porque muchos de sus teólogos la sostuvieron; sin embargo, como luego se vió, no habia nacido entre ellos, y lejos de generalizarse en sus escuelas, encontró en ellas sus mas fuertes opositores. En el año 1608 y en el siguiente la combatieron los jesuitas Corintilo y Rebello; y el general Tirso González publicó en 1694 la obra mas fuerte que se ha escrito contra semejante sistema.

Pero el probabilismo no podia referirse á otras opiniones mas que aquellas en que la Iglesia nada habia dicho; y en consecuencia no le pertenece lo que directamente ataca á la moral ó á los preceptos divinos y eclesiásticos, sino las opiniones que se apoyan en autoridades graves. Así es que sus partidarios declararon que no podia considerarse como probable una opinion, « desde el momento en que fuese contraria á las palabras de la Escritura, á las decisiones de la Iglesia, y al sentir mas comun de los Santos Padres. » La voluntad humana es libre hasta el punto en que Dios no la pone límites con la ley; por lo cual, mientras que no haya una prohibicion de esta, el hombre puede obrar libremente. Cuando haya una ley, un caso determinado, es preciso conformarse á ella por deber; pero una ley incierta no puede quitarnos la libertad, atendido á que una ley dudosa es

Proba-  
bilismo.

nula. Encerrado en estos límites, no es extraño que teólogos eminentes pudieran adherirse al probabilismo, entre los cuales se cuentan Bellarmino, Aguirre y Pallavicino. Pero, usando expresiones de Bossuet, « sacerdotes y frailes de todas las órdenes y colores, no pudiendo desarraigar en el mundo los crecientes desórdenes, tomaron el mal partido de excusarlos ó disfrazarlos, creyendo que hacian un servicio á Dios ganándole almas con una falsa dulzura (1). » Llevada la doctrina hasta el punto de asegurar que un solo escritor era bastante para hacer probable una opinion, salió la turba de casuistas, los cuales sostuvieron decisiones tan extravagantes, que á duras penas podian conciliarse con el Cristianismo. Sin embargo, las intenciones que les animaban eran excelentes, y ellos además eran modelos de buenas costumbres: por otra parte, su práctica solo tenia la fuerza de una opinion privada, pues que la Iglesia habia condenado á todos los que dijese que se puede seguir una opinion por poco probable que sea, siempre que no deje de ser probable, y haya sido sostenida aunque sea por un autor solo y moderno.

Mientras que se gritaba contra la Iglesia como intolerante, se gritaba igualmente contra los Jesuitas porque eran tolerantes; y mientras que se consideraba como una tiranía el reprobar los teatros y los bailes, se acusaba de laxitud á los que trataban de disculpar á quienes los frecuentaban.

Arnauld se declaró contra los Jesuitas, á los que principalmente se atribuian estos defectos, queriendo la conversion interna antes que la exterior, el verdadero arrepentimiento y la contricion antes que la absolucion, y la penitencia practicada antes de llegarse á la sagrada mesa; apoyándose para esto principalmente en San Carlos Borromeo. Su libro, leído por el mundo elegante y por las mujeres, alcanzó resultados admirables, por cuya causa tuvo una oposicion fortísima; los pulpitos tronaron contra él, llovieron escritos é invectivas, y se rebuscaron frases para censurarlo. Arnauld se vió obligado á esconderse, y á combatir oculto por toda su vida. Pero Roma no le condenó, y los confesores también, sin quererlo, adoptaron un rigor mas prudente al dar la absolucion sin pasar á los excesos á que Arnauld se debia llevar (2). Re-

(1) Mem. de Luis XIV para la Asamblea en 1700.

(2) Bossuet, en una oracion fúnebre por el jóven Nicolas Cornet, caracterizaba de este modo á los dos partidos: « Deux maladies dangereuses ont affligé en nos jours le corps de l'Eglise; il a pris á quelques docteurs une malheureuse et inhumaine complaisance, une pitié meurtrière, qui leur a fait poser des coussins sous les coudes des pécheurs, chercher des couvertures á leurs passions... Quelques autres, non moins extrêmes, ont tenu les consciences captives sous des rigueurs très-injustes; ils ne peuvent supporter aucune faiblesse... ils detraient par un autre excès l'esprit de la piété, trouvent partout des crimes nouveaux, et accablent la faiblesse humaine en ajoutant au joug que Dieu nous impose. Qui ne voit que cette rigueur enfle la vertu trop pe- » de justeuse singularité, fait paraître la vertu trop pe- » sante, l'Evangile excessif, le christianisme impossible? »

sultado de la lectura de su libro fué que muchos del mundo elegante acostumbrados á los amores, á los duelos, « á juegos de ingenio y á partidas galantes, » se retiraron á aquella devota soledad á meditar, á trabajar y arrepentirse, sin abandonar las antiguas costumbres; de modo que cuando las turbulencias de la Fronda pusieron en peligro la seguridad personal, estos tomaron nuevamente los descansados caballos y las valerosas espadas, y defendieron los contornos de Port-Royal con el duque de Luynes á la cabeza; si bien Sacy, preguntado si se podria disparar contra los agresores, prohibió hacerlo de otro modo que con pólvora sola (1).

Entre aquellos solitarios citáremos á Claudio Lancelot, sabio literato; Antonio Singlin, que tuvo despues la direccion espiritual; Nicolas Fontaines, que escribió las Memorias de Port-Royal, con la sencilla minuciosidad con que Froissart habia descrito la vida de los castellanos. La familia de Arnauld, compuesta de veinte hermanos, subsistia siendo el núcleo de aquellos solitarios, de la cual profesaron seis mujeres, y dos hermanos y los sobrinos estaban colocados entre los solitarios (2). Oyendo la madre de estos que su hijo menor habia muerto en el sitio de Verdun, dió gracias á Dios por haberle preservado de morir en duelo, pues esta señora vivia en un continuo tormento en unos tiempos en que tan frecuentes eran los duelos, y en que los ménos amigos de contiendas podian ser arrastrados por la triste costumbre de los *segundos*. Murió despues asistida por aquel que llamaron el Grande Arnauld, y confesándose con su hijo Sacy, exclamaba: *¿Cómo he merecido yo de Dios tener tal hijo?* Roberto de Andilly, primogénito del abogado Arnauld, persona importantísima en la corte y orgullo de los círculos, de quien Balzac decia: *No se avergüenza de las virtudes cristianas, y no se envanece de las virtudes morales,* fué á Port-Royal, y se quedó allí como patriarca. Escribió sus Memorias, testimonio elocuente de las costumbres cortesanas, mejor diremos, cortesanas de entónces, y de las cuales aun se conservaban vestigios entre los solitarios mediante una gracia frugal y sobria, mezclando algunas flores con los frutos, y ocupándose en secar aquellas lagunas, hermohear el jardín, obtener raros íngertos, *perales de orgullo y de placer* que Ra-

(1) Y la madre Angélica decia en una carta á este propósito: « Bendigo á Dios porque las torres están concluidas, y le suplico que encuentren en ellas refugio los pobres evangélicos. Si al señor duque le place, será una satisfaccion para mí que se dediquen la primera al Santísimo Sacramento, la segunda á la bienaventurada Virgen, la tercera á San José... la sexta á San Pedro y San Pablo, la octava á San Luis... Si Dios da otras devociones al señor de Luynes, yo las amaré lo mismo y aun mucho mas. Y concluidas que sean, pareceme que el señor de Sacy haria bien en bendecirlas. Asimismo estando cubiertas como creo, pienso que seria bueno poner una cruz encima de los chapiteles para ahuyentar los demonios visibles y los invisibles. »

(2) Entre otras agudezas con que se discutió esta cuestion, no es de mal gusto la siguiente genealogía: « Paulus genuit Augustinum, Augustinus Calvinum, Calvinus Jansenium, Jansenius Sancyranum, Sancyranus Arnoldum et fratres ejus. »

C. Lan-  
celot.



cine elogiaba en sus versos, y cuyos frutos se vendían con provecho de los pobres, después de ofrecidas las primicias á la corte y á los magnates para mitigar ó evitar su cólera. Los literatos del círculo Rambouillet iban á verle en su envidiable retiro, que hacía mas grato con su conversacion, y le llevaban visitas del mundo elegante; se le pedían consejos sobre el idioma en el que estaba muy versado, y mucho mas en las traducciones. Isaac Luis Sacy, hermano menor de Antonio Le Maistre, director y confesor, docto como el que mas, y mas que los otros prudente, de carácter tranquilo pero firme, hizo donacion á Port-Royal de todo su patrimonio, reservándose solo una pequeña pensión que distribuía entre los pobres. Era hombre firme en sus opiniones, pero extraño á las disputas. El remedio general que daba á todos los que estaban bajo su direccion, era el de leer y meditar la Sagradas Escrituras, y « todo le servía para llegar pronto á Dios y hacer llegar á los demas. » Otros entretanto se dedicaban á la enseñanza; en las pequeñas escuelas que fundaron, trataron de alejar todo lo posible las dificultades, quitando la aridez que tenían los métodos de aquel tiempo; y con un trabajo indecible redujeron á verso la gramática, la prosodia, la geografia, las raíces griegas y las materias ménos gratas, á fin de que se aprendiesen con mas facilidad: después compusieron una lógica que pasa por una de las mejores, y rechazaban todo rigor corporal (1). No contentos con esto, se ocupaban otros en preparar libros religiosos, desterrando de ellos las formas antiguas.

De este modo estos devotos unían la cultura del liceo con los rigores de la Tebáida. Renunciando á la gloria se complacían en dar sus obras anónimas, ayudándose los unos á los otros sin envidia, y según las prescripciones de San Cirano, el cual « no quería que se entretuvieran tanto en depurar las palabras, y pesarlas como el avaro en la balanza, porque nada es mas á propósito para debilitar las inspiraciones del Espíritu Santo que nosotros debemos seguir. » Y añadía que « esta grande precisión en las palabras era mas conveniente á los académicos que á los defensores de la verdad, bastando que en el estilo no hubiese cosa que chocara. » (LANCELOT.) También Jansenio, entre los efectos de la caída, notaba como resultado de los otros vicios la concupiscencia, dividida en tres especies: pasión de los sentidos, pasión de saber, y pasión de predominar (2). Y en esta manía de saber por saber, no dirigida al único y supremo fin, cayeron los doctos, los que se dedicaban al estudio de la naturaleza, y todos aquellos que miraban lo bello como un motivo de placer (3).

(1) De la educacion é instruccion de Port-Royal da un largo informe SAINT-BEUVE, v. III, p. 400 y siguientes.

(2) *Libido sentiendi, sciendi, excellendi*, c. 7; I, 2 *De statu nature lapsæ*.

(3) Sobre este asunto escribía el jansenista D'Andilly:

Segun estas doctrinas, los solitarios de Port-Royal atendían principalmente á la utilidad moral, y no evitaban la prolijidad; el mismo Arnauld, lleno de candidez y de fuego en los cuarenta y dos volúmenes que dejó, no parece escritor, y sacrifica el colorido á la exactitud, por lo cual convence, pero no conmueve.

Tal union de sabios no podia ménos de causar recelo; se murmuraba de aquellas « cuarenta buenas plumas dirigidas por una misma mano; » suponíanse heréticas algunas de sus doctrinas; decíase que no querían santos y reliquias, ni vírgenes, ni agua bendita; que predicaban una religión de sobresaltos, delante de la cual eran herejías las transacciones condescendientes; y las tolerantes absoluciones; y se les difamó mucho mas cuando se declararon partidarios de los dogmas de Jansenio.

Ya Arnauld, en el proemio de la *Frecuente comunión* había dejado escapar que « San Pedro y San Pablo eran dos cabezas de la Iglesia, y que los dos formaban uno solo. » Después en la *segunda carta á un duque y par de Francia* sobre tal controversia, escribe: « Los Padres nos presentan en la persona de San Pedro un justo, que tiene la Gracia, sin la cual nada se puede alcanzar, y que la perdió en una ocasion, por lo que no se puede decir que no pecó. » La primera proposición fué condenada por Roma y la otra por la Sorbona; el dictado de hereje cayó sobre Arnauld, y en consecuencia sobre todos sus cofrades, y la causa de Port-Royal quedó confundida con la del jansenismo.

Para celebrar el triunfo obtenido con la bula de Inocencio X, los Jesuitas publicaron la *Derrota y confusión de los jansenistas*, cuya obra tenía al principio una pintura alegórica, en la cual el papa sentado debajo de una paloma, entre la religión que llevaba la cruz y el poder eclesiástico que llevaba el yelmo, excomulgaba á Jansenio, el cual desplegando alas de demonio, huía con su libro cerca de Calvino, quien por otra parte acogía con los brazos abiertos á un jansenista con anteojos. Chiste de mal gusto, pero eficaz porque hería los sentidos: los jansenistas creyeron que debían responder, y Sacy escribió las *Miniaturas del almanaque de los Jesuitas*, con cuartetas muy ajenas del espíritu sóbrio y severo de Port-Royal. Estas burlas, si bien desagradaban á las personas sensatas, proporcionaban placer al mundo elegante que tan dispuesto se hallaba á reirse de las quimeras literarias y teológicas; pero un escritor de magenio les preparaba nuevo alimento.

Blas Pascal, de Clermont-Ferrand, hijo de un

Ceux qui du seul éclat des vérités chrétiennes  
Repaisent leur esprit sans passer plus avant,  
Et, quittant la vertu pour embrasser du vent,  
Ont les discours chrétiens et les âmes paternes,  
Ressemblent à celui qui, parmi les charités,  
Verrait distinctement les plus rares beautés,  
Et remplirait ses yeux d'une image brillante;  
Mais qui, manquant d'un cœur qui le pût animer,  
Serait comme un miroir, dont la glace luisante  
Recevrait ses objets sans les pouvoir aimer.

Pascal.  
1623-62.

padre de grande entendimiento, se acostumbró desde la niñez á buscar las causas, y á no contentarse con palabras, queriendo siempre sobre todo ideas claras. Así fué desenvolviendo las facultades que en él predominaron; su padre le prometió enseñar las matemáticas cuando supiese otras cosas; pero una mera indicación le sirvió de norte para llegar á los diez años por sí solo hasta la proposición 32ª de Euclides. — Habiendo visto después este autor, escribió á los diez y seis años el tratado de las secciones cónicas; á los diez y nueve, inventó la máquina que ejecutaba las operaciones aritméticas: sus investigaciones sobre el vacío, y sobre el barómetro, admiraron por su fuerza de concepción, su constante memoria, su don penetrante de comunicación, y la pasión que coloreaba las líneas profundamente grabadas en el acero de su alma. Pero la intensidad del trabajo le consumía la salud, y después confesó que desde los diez y ochos años en adelante no había disfrutado una hora sin dolores.

Habiendo llegado á sus manos algunos libros de Port-Royal, aprendió en ellos lo vana que es la curiosidad humana, y que el único estudio digno es el del hombre y el del mundo moral. La lucha entre la pasión por las antiguas indagaciones, y los nuevos impulsos de la Gracia, acabó de destruirle la salud, de modo que ya no podía gobernarse, ni tomar mas alimento que algunas gotas de caldo entre los mas atroces espasmos. Por orden de los médicos, buscó distracciones en el fastuoso mundo á que pertenecía, y en las ciencias, de las que estaba apasionado: un día que hacía ostentación de sus arrogantes caballos, estuvo para ser arrojado en un precipicio. Desde aquel momento le ganó la Gracia; repitió las visitas á su hermana, que estaba ya retirada en Port-Royal, renunciando á los aplausos que el mundo había prodigado á esta niña de raro talento poético. Un discurso de Singlin contra la vida disipada de la sociedad, acabó de determinarle, y bajo la dirección de este se refugió en Port-Royal. Allí se servía por sí mismo hasta en los mas bajos oficios, y meditaba, sufriendo con valor mas bien que con alegría sus enfermedades, pensando que « después del pecado, la enfermedad es la situación natural de los Cristianos; por lo que se debe estar contento, porque conduce necesariamente al estado en que se debe permanecer. » Sacy, que á cada uno le hablaba de los estudios que él sabía le eran predilectos para dirigirle á Dios, obligaba á Pascal á discurrir sobre los filósofos, de cuya conversacion salió su *Epicteto y Mentaigne*; filósofo el uno que realiza la naturaleza, humano y escéptico el otro que la deprime, revelándonos sus enfermedades no para compadecerlas, sino para burlarse de ellas; siendo aquella conversacion escrita el preludio de la grandeza filosófica de Pascal.

Tan magnífica adquisición, así como los gloriosos amigos que él atrajo, entre los cuales

basta nombrar al juriconsulto Domat, vinieron con mucha oportunidad para realzar á Port-Royal y sacarlo del abatimiento en que lo tenían postrado la persecucion y la opinion de hereje. Aquel espíritu contencioso que se había manifestado en las universidades en el tiempo de la escolástica, en la religion en el tiempo de la Liga, y en la política en el de la Fronda, estaba ahora concentrado en las cuestiones de la Gracia con su provision de calumnias y de injurias. Los solitarios las propalaron también, así como sus adversarios, y estos en los libros y en los pulpitos lanzaron insultos contra las *virgenes locas* ó los *calvinistas disfrazados*; y en los teatros de sus colegios, y en las mascaradas, representaban la condenación de Jansenio y los triunfos de la Gracia suficiente.

Pero aun se aguzaban todavía peores armas. La bula pontificia había sido recibida por el rey y por el parlamento sin las acostumbradas reservas; y el famoso canonista De Marca extendió una pastoral que los obispos debían publicar, en la que se iba mas allá que en la bula misma, asegurando que las cinco proposiciones estaban propiamente sacadas de Jansenio; además de esto, compuso una fórmula que habían de firmar todos los sacerdotes, y que decía: « Me reconozco obligado en conciencia á obedecer la constitucion de Inocencio X, de 31 mayo 1653, y condeno de corazón y de palabra la doctrina de las cinco proposiciones de C. Jansenio, contenidas en su *Augustinus*, condenadas por los papas y por los obispos, doctrina que no es la de San Agustín y que Jansenio explica mal y contra el verdadero sentido de este doctor. » No se concedía ya salvación á los jansenistas ni de derecho ni de hecho (1); y se mandó que todos los eclesiásticos y órdenes religiosos firmasen esta declaración, en inteligencia que los beneficios de quien no lo hiciese, se considerarían vacantes; y no recibiría las investiduras todo el que antes no la suscribiese. Habiendo rehusado hacerlo las escuelas de Port-Royal, Luis que, así como las demas ideas, había heredado de Richelieu el odio contra el jansenismo sin comprenderlo, y quería perseguirlo porque lo había perseguido el ministro, ordenó que se despidiese á las novicias y pensionistas sin poder recibir las otras, y las escuelas de los solitarios fueron cerradas.

Condenado por la autoridad, Port-Royal apela al público con las *Cartas á un provincial* (2). Paris por una parte no hablaba sino de la Gracia suficiente y triunfante, del poder próximo y lejano, y de las disputas de la Sorbona, sin entender nada de todo ello. « Las mujeres, decía Mazarino, no hacen mas que hablar de esto, aun-

(1) Cuando tanta sutileza reinaba, dijo la Sevigné: « Condensad un poco la religion, que á fuerza de ser sutilizada se evapora. »

(2) Fueron después recopiladas con el título de « *Cartas escritas por Luis de Montalto á un amigo provincial y á los reverendos padres Jesuitas sobre la moralidad y la política de estos Padres.* »

1653.  
Cartas á un provincial.



1656-7.

que no lo entiendan mas que yo. » Convenia sin embargo explicar estas cuestiones á estos curiosos; convertirlos de espectadores en jueces; trasladar el pleito, de los teólogos y de la autoridad, al pueblo y al sentido comun, para manifestar que no se trataba de los fundamentos de la fe, sino de una cuestion de palabras, de una disputa de teólogos, pero no de teología; y á esto se preparó Pascal con *Cartas*, que salian anónimas por intervalos, arrojando las prohibiciones del gobierno y la atencion de la ávida curiosidad. Empleaba en estas el idioma corriente, un estilo que él mismo no conoció hasta entónces que poseía, porque no habia hecho ensayos, y una frase trasparente que no presenta obstáculo al pensamiento, y que conduce al lector sin fatiga á ver la verdad en el caos de las cuestiones oscuras. El amor á la verdad parece manifestarse hasta en los mas punzantes epigramas; se diria que la indignacion, en vez de ser vengativa, era mas bien filantrópica; la imaginacion está contenida por la razon, y con fino y astuto artificio, pone en juego todas las artes que agradaban á los Franceses, como el ridículo y el hablar con pureza y vivacidad. La sociedad se reía y creía comprender lo que era el poder próximo y la Gracia suficiente, pero no triunfante: y estas cartas halagaron la inclinacion de los libres pensadores, que no pudiendo declararse protestantes, podian así á lo ménos hablar contra los Católicos.

Mas fácil que resolver las espinosas cuestiones sobre la Gracia, era descubrir al pueblo la moral de los casuistas, revelando con severidad y fuerza de imaginacion muchas decisiones escandalosas. Los Jesuitas denunciaron en Jansenio cinco impalpables proposiciones sobre la Gracia; Pascal denunció las terribles aplicaciones de una moral débil. En esto fué mas allá de lo que requeria la empresa, convirtiéndose en agresor, pero aun así venia á hacerse defensor de Port-Royal, pues que ponía en parangon con aquella moral laxa su moral severa é inexorable. Tambien con esto reía el mundo elegante, aprobaba el ingenio, cuidándose poco de si las ideas de Escobar, Busembaum y otros grandes moralistas habian sido alteradas para ponerlas en ridículo. Golpe decisivo fué este para los Jesuitas, los cuales ya no fueron juzgados por lo que eran, por lo que hacian, ni por lo que escribían, sino por aquello que Pascal habia dicho. Sus chistes quedaron en la memoria, aun despues de haber perdido aquellas *inmortales embusteras* con las circunstancias la mitad de su mérito, y aunque poquísimos las leen si bien todos hablan de ellas (1).

(1) « Tout le livre des *Provinciales* portait sur un fondement faux. On attribuait adroitement à toute la société les opinions extravagantes de plusieurs Jésuites espagnols et flamands. On les aurait détérées aussi bien chez des casuistes dominicains et franciscains, mais c'était aux seuls Jésuites qu'on en voulait; on tâchait dans ces lettres de prouver qu'ils avaient un dessein formé de corrompre les mœurs des hommes; dessein qu'aucune secte, aucune société n'a jamais eu et ne peut avoir. Mais il ne s'agissait pas d'avoir raison; il s'agissait de divertir le public. » Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, cap. 36.

Las *Provinciales* fueron traducidas en latin <sup>1625-26</sup> por Nicole bajo el seudónimo de Wendrok, con notas venenosas en que se mordió despiadada y personalmente á los Jesuitas (1); de modo que la reprobacion se hizo mas patente, el parlamento de Provenza las hizo quemar, y el rey las mandó romper por mano del verdugo. Libros semejantes son mas fáciles de quemar que de contestar, y esto último, aunque tarde y mal, fué lo que hicieron los Jesuitas. En la *Apología de los casuistas contra las calumnias de los jansenistas*, el padre Perrot pretende disculpar las opiniones mas extravagantes, exageracion que justificaba los ataques de Pascal, y que fué condenada por el papa. Esto pareció un triunfo para los jansenistas, y mucho mas el haber reprobado Alejandro VII cuarenta y cinco proposiciones, é Inocencio XI otras sesenta y cinco de moral laxa, condenadas la mayor parte en las *Provinciales*, y que causa admiracion ver cómo pudieron ser sostenidas por doctores sensatos. Solo en 1696 salió el padre Daniel poniendo de manifiesto la mala fe de muchos de los ataques de Pascal; demostrando que se hacian á los Jesuitas cargos que comprendian tambien á los jansenistas, que se atribuían al cuerpo entero las opiniones de algunos, y que las doctrinas del probabilismo no habian sido inventadas por los Jesuitas, ni profesadas con especialidad en su órden.

En suma, los dos partidos contendientes querian mostrar á porfía virtud y vigor. Parecia que los Jesuitas facilitando el camino del paraíso, hacian ménos severas las conciencias, y que los jansenistas con hacerle difícil conducian á desesperar de Dios, y á desanimar en la práctica de la virtud. Los Jesuitas parecian sostener doctrinas mas razonables y prácticas; los otros se sujetaban mas á la autoridad: aquellos eran cortesanos flexibles y estaban extendidos por el mundo; los otros solitarios, cáusticos, inexorables: los Jesuitas hubieran querido levantar la teología al nivel de las ciencias de entónces; Port-Royal creía en las revelaciones y en los milagros. Ciertamente que Pascal, con aquella controversia de imaginacion y sofística, inspirada por antipatías personales, y sostenida con porfiada cavilacion, no advirtió que se hacia precursor de los muchos que desde entónces atacaron no solo á los teólogos, sino á la teología, y no solo á los Jesuitas sino tambien á Jesus (2). Entretanto, comenzó para Port-Royal

(1) Es notable que los principales argumentos los toma de la obra del jesuita Comitolo, que cincuenta años ántes habia combatido el probabilismo.

(2) « La multiplicacion de esta clase de libelos no hace mas que exasperar los ánimos, que deberian estar unidos por el santo lazo de la caridad. El uno ultraja al otro en este género de escritos, y solo los herejes y los libertinos son los que se aprovechan de ello. » Así se expresa Mich. Germain en la *Correspondance inédite de Mabillon et de Montfaucon*, par M. VALERY. Paris, 1846.

Saint-Beuve, en su obra sobre Port-Royal, tom. III, p. 134, despues de exponer los medios del ataque y de la defensa, deplorable para ambos partidos, deja escapar esta verdad: « C'est Voltaire qui en définitive hérite le plus clairement de tout cela; y en la pág. 217: Pascal (il n'y a pas á se le dis-

su decadencia desde aquel triunfo. El severo juicio de San Cirano se habia convertido en una burla; los respetables solitarios se vieron precisados á manejar la intriga y á ocultarse para imprimir y publicar aquellas cartas; los muchísimos prosélitos que el jansenismo habia conquistado se convirtieron en un mundo elegante, con el que fué necesario transigir sobre el antiguo rigor. El renacimiento del austero Cristianismo vino á parar en un partido, expuesto por lo mismo á intrigas y á las habladurias de las mujeres.

La opinion pública favorece siempre á los que invocan sus juicios, y á los que llevan á sus adversarios á su tribunal; pero las *Provinciales* eran oportunas para todo, excepto para clamar los ánimos y contener la persecucion. Se recurrió á la violencia para arrojar á los solitarios de Port-Royal; pero el rey se arrepintió á la vista de los milagros que allí se obraban. Una sobrineta de Pascal, que padecía mucho de una fistula lacrimal, se encontró curada con solo tocar la santa espina; milagro que fué certificado por el mayor abogado de entónces, por el doctor de mas fama y por el mas grande pensador, cuales eran Arnauld, Le Maître y Pascal. Pero cuando parecia que los jansenistas debian sucumbir ante *Formulario* tan preciso, adoptaron una lógica sutilísima para sustraerse á las consecuencias de un principio que no habian impugnado; y aun la condena papal hizo pensar en los límites del poder pontificio. Jansenio habia dicho ya que la Santa Sede reprobaba á veces una proposicion solamente por amor á la paz, sin pretender declararla falsa: entónces se añadió que la infalibilidad del papa no se extendia hasta juzgar los hechos, y se negó que se contuvieran en Jansenio las proposiciones acriminadas. Su causa fué prohibida por cuatro obispos: Enrique Arnauld, hermano de Roberto, obispo de Angers; Nicolas Pavillon, de Alet; Francisco Caulet, de Pamiers, y Estéban Nicolas Choart, de Beauvais, á los cuales se agregaron algunos cabildos sosteniendo la diferencia entre el derecho y el hecho.

Erdaino  
1662.

Arduino Perefice, arzobispo de Paris, no dejó de hacer cuanto pudo por cerrar esta herida; y para calmar las conciencias dijo, que en punto de hecho, la infalibilidad del papa debía ser creida no de *fe divina*, sino de *fe humana*; nueva distincion que excitó cuestiones como las otras. La desnuda exposicion de las reconvencciones que habia hecho á las monjas, despertó todo el ridículo que se atrae el depositario de una grande autoridad cuando se halla rebajado por las pa-

« simuler) fit plus qu'il n'avait voulu: en démasquant si bien le dedans, il contribuait à discréditer la pratique; en perçant victorieusement le casuisme, il atteignit, sans y songer, la confession même, c'est-à-dire le tribunal qui rend nécessaire ce code de procédure morale, et jusqu'à un certain point, cet art de chicane. »

Gibbon en sus *Memorias* dice que leía cada año las *Provinciales*, « y me enseñaron á manejar la ironía grave y moderada, y aplicarla tambien á la solemnidad de los asuntos eclesiásticos. » — « Habria pensado Pascal formar tal estudiantet

siones. Las hermanas de Port-Royal se obstinaban en no querer asegurar que las proposiciones existiesen en un libro que no habian leído (1); se las decia: *El papa ha decidido*, y respondian: *Tambien los papas Liberio y Honorio se engañaron*: si se las manifestaba que eran una parte muy pequeña en la comunión universal de los fieles, respondian que tambien los discípulos en el principio no eran mas que un puñado; habiendo sido amenazadas con quedar privadas de los sacramentos, decian que tambien quedaron los santos anacoretas, y que es el espíritu quien vivifica y no la carne; *puras como ángeles, soberbias como demonios*, apelaron al parlamento y fueron declaradas contumaces y rebeldes á la autoridad eclesiástica: y los opúsculos sobre la infalibilidad del papa fueron contestados por mano del verdugo.

Para resolver las disputas, la policia trasladó muchas de aquellas monjas á otros conventos: la madre Angélica, gravemente enferma y ya bastante anciana, debía dejar su antigua habitacion para ir á morir en Port-Royal de Paris; pero lo encontró lleno todo de soldados y de oficiales del rey que expulsaban á las novicias, á las educandas y á las no profesas. Vióse obligada á arrojar una despues de otra sus antiguas discípulas y las discípulas de estas: « Nuestro buen señor ha querido que fuésemos despojadas de todo lo que nos quedaba; padres, hermanas, educandas, doncellas, todos se han marchado; ¡Dios sea bendito! » Escribió una carta á la reina Ana, la cual no habia de ser entregada hasta despues de su muerte, en la que con valor y sin quejarse, « exponia francamente las razones de su comunidad, no pidiendo ninguna compasion para ella, sino justicia para los que dejaba en el mundo. » Cerrada que la tuvo, *Ahora*, dijo, *está concluida la obra humana*, y ya no pensó sino en morir. Las hermanas desobedientes fueron por fin privadas de los sacramentos hasta en el artículo de la muerte; los jefes de la secta tuvieron que ocultarse, y algunos fueron encarcelados, siendo Sacy uno de los que sufrieron esta suerte. Cuando fué preso, se examinaron sus papeles, y se habló mucho de sus ideas con el desacierto acostumbrado (2); leyendo el rey su declaracion, dijo que era de un hombre de talento y virtuoso, pero á pesar de esto tuvo dos años á Sacy en la Bastilla.

Este, que habia concluido ya la version del Nuevo Testamento, emprendió allí la del Viejo, haciendo llevadera la monotonía de la soledad con aquella vida de imaginacion y de sentimiento que los tiranos no pueden arrebatarse.

(1) El ilustre Malebranche confesó haber firmado el *Formulario* sin conocer el libro de Jansenio, y pedia de ello perdon á Dios y á los hombres.

(2) En uno de ellos habia copiado en bellissimo carácter de letra unos versos de Gomberville, que principiaban:

Loin de la cour et de la guerre  
J'apprends à mourir en ces lieux, etc.

La *L* se habia dejado en blanco para miniarla; pero el comisario pretendió que se habia querido escribir *Foin* y faltó poco para que se formase un proceso de Estado.